

## EL RESCATE DE LOS PAPELES DE ALVARO GOMEZ

Como un repentino ataque de gota me cae de sorpresa en las festividades de fin de año sobre el pulgar de mi derecha, decido encaramar la pierna en un *puff*, poner la Internacional en el láser, y dedicarme a la impenitente lectura de las ciento ochenta y tantas páginas escritas, la mayor parte en español y una significativa parte en francés, por el doctor Alvaro Gómez Hurtado para ocupar las horas oscuras de su secuestro reciente.

Por la ventana de la casa que estreno me entran, paralelos con el verdor de los cerros, los zancudos y la vergüenza de lo que ocurre con la patria que me endilgaron. Cerros de muertos diarios con la información de una guerra tan sucia que no hay casa dónde lavarla. Afortunadamente soy un ciudadano libre de toda sospecha. Soy librepensador silencioso. Al lado de mi máquina de escribir reposan unos borradores tardíos de la protesta contra la invasión armada al Teatro La Candelaria, en uno de esos actos propios de nuestros orondos gobiernos liberales en homenaje a la cultura, que le refrescan a uno las vejaciones a Luis Vidales, a García Márquez y a Feliza Burzstyn. Y unos textos publicitarios erráticos para la campaña de seguridad de Bogotá. Porque de alguna forma tiene uno que estar protegido.

Leo con fervor el mamotreto escrito en letra grande y clara que delata falta de gafas, y sigo el ritmo de su pensamiento y de la tinta de su estilógrafo que cada ciertas páginas amenaza con eclipsarse. Originales y fotocopias de cartas cruzadas con el mundo y con sus captores. Carta que se quedó sin estampillar al señor Presidente de la República. Página pergeñada con propuestas hacia la paz. Sesenta páginas más a manera de reconciliación con la vida en un diario anecdótico y reflexivo. Anotaciones para sacar al país del atolladero y apuntes gráficos de su rostro, sus manos, unas rosas y sus famosos caballos.

Tener acceso a la intimidad del pensamiento y las evocaciones de un hombre severamente vigilado y sin una perspectiva clara de su inmediato destino despierta mi complicidad con su desamparo. Sigo el hilo de su niñez tirante de nostalgia entre la Bogotá del tranvía y la Europa de los futuristas. Su paso por entre la fauna política que rodeaba a su padre y por entre los animales disecados que visitaba en el museo de historia natural de La Salle. Y siento el privilegio del voyerista intelectual conmovido con este párrafo:

("Qué delicioso encanto tiene este oficio de escribir para mí mismo. Sin preocupaciones de estilo, a sabiendas de que estos apuntes nunca serán leídos por nadie!").

Curiosas manos en las que vino a caer el testimonio memorioso de un humanista en aprietos. Hago un salto mortal del diario al copioso capítulo de la correspondencia. Un comandante le pregunta por la fórmula de sus gafas, pasada una semana se las hace llegar. Luego la comandancia le remite una Biblia.

Estallan los cristales en la luz de la pólvora. Cañonazos bailables en las emisoras ponen en la pista el 89.

Comienzo el año desentrañando la minúscula letra de los mensajes de Pizarro y la altiva y ceremoniosa voz de respuesta de su cautivo. Pizarro le trata de tú y él le contesta al comandante de usted. Leo un último párrafo de su diario antes de meterme en el sobre, agobiado por el estruendo pirotécnico de la calle, por los pitos de los vecinos y la gota de dolor insistente sobre el más gordo de mis dedos: "Junio 23. Hoy me han traído papel. Me vieron escribir furtivamente y al colocarme enfrente la resma inmaculada, me han puesto ante un desafío que no quiero aceptar, porque el destino de estos papeles queda en manos ajenas si yo no logro destruirlos antes de mi final, como es mi propósito".

Alvaro Gómez debe estar en la Ciudad Luz, del brazo de su esposa recibiendo con beneplácito el año de sus castañuelas, brindando con champaña por ser libre como el oxígeno, poniendo punto final en el año

bicentenario de la Revolución Francesa al relato memoria enjuiciamiento de su tiempo, de su patria y de su secuestro. ¿Cuánto no daría el doctor Gómez por recibir de regreso estos originales sobre los que duerme mi gato?

Apago la luz de mi lámpara. ¿En qué lugar de las montañas y de qué forma estarán celebrando Pizarro y sus compas del Eme la llegada del año nuevo? ¿Se estará incubando la paz bajo su sombrero?

Los últimos vientos del 88 refrescan las avenidas caleñas y las piernas de las muchachas. Estoy en el Café de los Turcos compartiendo una ensalada de berenjena con el célebre 'enmaletado', cuando veo llegar a mi amigo Felipe Domínguez Zamorano, el impresor de los caballos de Alvaro Gómez con un paquete bajo el brazo.

Me invita a su apartamento para hacerme partícipe de un proyecto que le emociona. Va a publicar, bajo el sello editorial de sus iniciales, el esperado libro de Alvaro acerca de su secuestro y ya ha recibido desde París la mayor parte del texto.

Por ser de su entera confianza, me da acceso a algunas páginas que considero emocionantes por el suceso pero frías por el análisis, más cartesianas que rocambolescas. Luego me enseña la nota remitente, donde consigna el doctor Gómez que "Si se consiguiera que el M-19 devolviera mis papeles y las cartas que nos cruzamos con Pizarro, podría hacerse un apéndice o anexo".

Le apunto a mi amigo editor con el índice que ese es el tiro, que así el libro ganaría en interés para el público raso, susceptible por la natural avidez sensacionalista de conocer el pensamiento plasmado de un hombre caminando por el vacío. Y como sé que a un poeta de mi kilometraje le debería ser fácil encontrar un contacto con la plana del Eme, me ofrezco -para lucirme ante mi amigo- a hacerle la diligencia, a sabiendas de que en estos casos la peor diligencia es la que se hace.

Y preciso. A la salida de un taller de poesía en la Casa Silva me saluda un joven de buen semblante y una mirada perspicaz, oloroso a loción de yerbas del monte. Tomamos un té con democracia. Hablamos del proceso de paz con las espaldas contra la pared. Le hago entrega de la fotocopia del mensaje de Alvaro a Felipe clamando por sus originales, y en un bordito le escribo un hai kai al comandante Pizarro solicitándoselos. Tras una corta semana estamos nuevamente sentados el contacto y yo frente al mismo té frío con democracia y limón. Trae un paquete envuelto en periódicos. El mesero da vueltas alrededor de nosotros como mosco en azucarera. Comienzo a ver tiras por todas partes, pero son serpentinas de las pasadas navidades. Voy al baño con el paquete y lo abro y descubro semejante arsenal: diarios, cartas, dibujos, autorretratos; aparte de los grafitos, lo más original que puede uno ver en un orinal.

Le pregunto al contacto cómo es posible que Pizarro haya depositado en mí toda esa confianza, que sin ninguna condición haya puesto en mis manos esa papa caliente. Me contesta: Poeta, es que tú no sabes lo que le debemos al nadaísmo. Gracias a la literatura de ustedes dimos el bote de la ortodoxia a la imaginación. Nuestro Gonzaloarango se llamó Jaime Bateman.

No sé cómo me quedó el ojo.

Me provoca llevar a guardar esos documentos a la Corporación de Teatro, ya que un raya no cae dos veces en el mismo sitio, pero para mayor seguridad alquilo otro apartamento. Pienso que si me cogen con las manos en esa masa van a pensar que yo también tuve velas en ese encierro. Llamo insistentemente a Domínguez el editor pero el automático me contesta que está en Cali, en Santa Marta, en Miami. Le dejo mi teléfono y un mensaje cifrado: "Obtenidas las libretas de calificaciones de los chicos malos". Soy un héroe.

Ahora soy la mano derecha de Alvaro Gómez, pienso, y como un rayo el fantasma liberal de Rionegro de mi papá me castiga. Me cae la gota sobre el dedo gordo de mi pierna diestra. La acomodo en el *puff*,

pongo la Internacional en el láser, y distraigo el fin de año en la profunda intimidad conceptual de un hombre privado de la libertad y que ahora es libre.

El domingo 15 de enero mi apartamento de Pasadena se estrena con una llamada de París, a juzgar por la operadora. *C'est le poete Jotamarió? Un moment. Va le parler monsieur Hurtadó.* Minutos antes me ha llamado de Miami Felipe Domínguez, el presunto editor de los papeles del infierno del político secuestrado. Me dice que se ha formado un lío de la Madona bajo las toldas godas. Los amigos de Alvaro han seguido rastreando los documentos y los del Eme contestan que cuánto hace que los mandaron. Felio ha aparecido por la televisión mostrando dos retratos que le facilitaron para las tapas del libro que él, a su vez, prepara sobre el secuestro. Porque en río revuelto a pescar se dijo. Como todos los ojos azules apuntan hacia Felipe él ha dicho que lo esculquen, que él no los tiene. Ha llamado a su oficina de Bogotá y allí le han confirmado que yo le ando buscando desde hace 15 días "con las libretas de calificaciones de los chicos malos". Me dice que se ha retirado del proyecto de edición del libro. Este va a aparecer por entregas en *El Siglo*. Que Alvaro va a llamarme y que sólo a él le debo devolver sus papeles.

Aló doctor Gómez. Poeta cómo le va, sé que me tiene una buena noticia. Cómo no doctor y estoy ansioso por dársela: ¿Cómo prefiere que lo haga, por fax o DHL? No se preocupe por eso, sólo quería saludarlo y saber de su poesía. Estoy loco por deshacerme de sus escritos, desde que los tengo no duermo y si duermo sueño que me caen del Caes, creo que lo mejor es que usted me los reciba. Me gustaría echarles un vistazo, tal vez no valgan la pena, deben estar precariamente escritos, con la poca luz que yo tenía. No maestro, si son páginas excelentes, con decirle que me las he leído seis veces. Mire poeta, yo viajo mañana a Bogotá, si usted quisiera pasar por mi casa el martes a las seis, tomaremos un drink y hablaremos de poesía. Que sea a las seis y media, doctor, y hablaremos de lo que sea.

Y aquí tenemos el martes 17 de enero a la hora en punto al poeta nadaísta Jotamario enfundado en un elegante abrigo azul hasta media

pierna, con un maletín de becerro pendiente de su mano derecha dirigiéndose a su destino. ¿Qué pasaría, va pensando el vate al que un amigo prudente ha dejado en Mr. Ribs a tomar un whisky, si un raponero, un reportero, un espía, un agente secreto o un coleccionista lo despojara de su carga? ¿Con qué cara presentarse ante Gómez o Leongómez? Da un rodeo con fuerte estilo para despistar la amenaza y al llegar da su nombre por el citófono a manera de santo y seña. Le hacen subir directamente al apartamento del dirigente conservador y el ama de llaves le conduce a la biblioteca.

Y aquí llega a estrecharme las manos "el último liberal". Y a renglón seguido entra en este relato un testigo de excepción, el doctor Enrique Gómez Hurtado, ángel custodio de su hermano. Sentémonos. ¿Le provoca un whisky? No doctores, digo con todo el dolor del alma, un ligero golpe de gota aqueja mi pierna. ¿No está tomando Colchimedio? Es bendito, me dice Enrique en tono conciliador y paternalista. Un amigo de la costa no soportaba sobre su dedo gordo ni el contacto con la brisa.

Aquí le mandan los muchachos del Eme sus cartas y sus retratos, doctor Gómez, le digo sentándome a su lado en el mullido sillón de cuero. ¿Quiere que inventariemos los documentos? Y lo hacemos, folio por folio. Finalmente, me firma un recibo.

Ahora sí le acepto ese whisky, flaqueo. Al fin y al cabo es un momento digno de celebrarse. Gómez Hurtado Enrique está maravillado de que haya aparecido "la lonchera del hijo de Lindberg". Hemos hecho lo imposible por lograr ese rescate. Ni Lucio con todas sus argucias pudo obtener esas hojas. ¿Usted qué se unta? En una sociedad como la nuestra, le digo, no hay nadie en quien confiar sino en sus poetas. Como han confiado ustedes han confiado los guerrilleros.

Otra cosa, doctores, no quiero tener ningún tipo de complicaciones con la Policía. Luego de varios años de trabajo he logrado por fin organizar en diez mil carpetas marcadas Los Sagrados Archivos del Nadaísmo, y este trabajo mal podría resistir un allanamiento. Además

quedaría muy mal que esto le pasara a un creativo de la campaña por la seguridad Bogotá. Y por añadidura poeta como Luis Vidales.

De ninguna manera, Dios lo ampare -me dice Alvaro Gómez-, en caso de que usted tuviera algún malentendido legal nosotros proclamaríamos su absoluta inocencia. Además, añade Enrique Gómez, nadie va a saber que usted nos entregó estos papeles. Esto se queda entre nosotros en el mayor sigilo.

Ni en el mayor sigilo ni en el general anonimato, doctor. Si en esta oportunidad arriesgo el pellejo sirviendo de mediador y de correveidile, no es por pertenecer al M-19 ni al social conservatismo, sino para cumplir una promesa al Señor de Monserrate para que me seque la gota. Además, habrán de saber que me estreno como columnista de *El Tiempo*, y no me caería mal un Pulitzer Price por esta periodística hazaña. Y aquí viene mi última petición: deseo que se me permita publicar en ese periódico algunas páginas que me parecen particularmente impactantes del diario que devuelvo, como culminación a mi crónica sobre el rescate de estos papeles.

Tendría que revisar la redacción de esas páginas. Podría haber descuidos de estilo. Pero me parece justa su petición.

Me levanto. Saco de uno de los entrepaños del maletín un ejemplar de mi libro *El profeta en su casa* y lo dono a su biblioteca. Sobre uno de los grabados de caballos que ha estampado Felipe Domínguez me coloca una bella y estimulante dedicatoria.

Me dirijo al vestíbulo, escoltado por los dos próceres. Ha cumplido usted a cabalidad su misión. Muchas gracias. Pero espere, poeta, se le está quedando el abrigo. Y mientras lo sostiene con sus manos en alto para ayudar a ponérmelo, me dice Alvaro Gómez risueño: Tiene usted un abrigo como para presentar las cartas credenciales ante el gobierno de Su Majestad! A lo cual me vuelvo para contestarle: Gracias, presidente. Para eso lo mande hacer.